



Es un hecho innegable que hoy tenemos una mejor comprensión del mundo físico que en los siglos anteriores. Desde esta posición privilegiada podríamos pensar que muchas de las dificultades que plantea esta nueva comprensión, ya sean morales, filosóficas, o teológicas, son exclusivas de nuestra época actual. Deberían de ser problemas que épocas anteriores no pudieron haber profundizado con su visión limitada del mundo. Podría ser un descubrimiento sorprendente el encontrar que no estamos tan aislados y solos en nuestros problemas y que muchas de estas dificultades no son sino apariencias de problemas antiguos.

Considere el mal de la extinción que ocurre durante la evolución. Las personas que pensaban que todas las cosas vivientes habían existido, tal y como son, desde el principio del mundo, pudieron ignorar el hecho de que clases enteras de animales y plantas eran callejones sin salida biológicos. Desde los primeros días en que se pensaba sobre la evolución, muchos vieron la “naturaleza, roja en diente y garra”<sup>1</sup> de Tennyson como un resumen conciso de la forma violenta en que la selección natural sugiere que las especies tratan de dominar a sus competidores. ¿Cómo podría el plan sabio y amoroso de Dios incluir tanto dolor generalizado y la muerte? El rol central que desempeña el mal en la evolución, ¿no contradice la existencia de la providencia divina o, aún peor, la bondad de la divina providencia? ¿No es esto una nueva dificultad que nunca hemos tenido que enfrentar antes?

Tal vez, si usted ha estado leyendo estos ensayos, no se sorprenderá al escuchar que la respuesta a estas últimas dos preguntas es “no.” No necesitamos la teoría de la evolución para decirnos que el mundo natural es violento y sangriento. La simple observación del reino animal revela que muy pocos animales mueren en paz luego de una vida larga y plena. Obviamente, los carnívoros sólo sobreviven por la muerte de sus presas, pero además, no existe un depredador sin un depredador propio, e incluso el depredador más dominante sólo está a salvo hasta que un pariente cercano, tal vez de su propia descen-

dencia, es suficientemente fuerte para dominarlo. De hecho, nuestros ancestros pre-modernos<sup>2</sup> fueron, por experiencia personal, más conscientes de la violencia de la naturaleza que aquellos de nosotros que sólo interactuamos con los animales salvajes en zoológicos, en documentales de la naturaleza y en videos de YouTube de “la víbora contra el cocodrilo”.

Santo Tomás retoma la cuestión del mal en la na-

## La divina providencia y el misterio del mal

**Br. Thomas Davenport, O.P.**

turalidad al discutir la divina providencia. Al sostener que la providencia de Dios se extiende a cada detalle existente, él insiste que este cuidado universal no excluye la posibilidad de defectos y males particulares:

*Como Dios es el previsor universal de todo ser, a su providencia pertenece el que permita la existencia de algunos defectos en cosas concretas para que no se pierda el bien del universo entero. Pues si se impidieran muchos males, muchos bienes desaparecerían del universo. Ejemplo: No existiría la vida del león si no existiera la muerte de animales; no existiría la paciencia de los mártires si no existiera la persecución de los tiranos.<sup>3</sup>*

Él comienza con un ejemplo del mal físico, la violencia en el reino animal, sin el cual no existiría el león o ningún otro carnívoro, limitándose la expresión del poder creador de Dios. Esto no quiere decir que Dios se deleite o que desee directamente el sufrimiento por el mismo sufrimiento, sino que lo permite para una mayor manifestación de Su bondad en la creación.

El otro ejemplo que Santo Tomás discute es uno del pecado o del mal moral, la persecución de los mártires. Esto podría causar que uno se pregunte si el mal físico de la violencia animal es en realidad sólo una manifestación del pecado, algo que era ajeno al plan original de Dios, pero que Él permite por un

tiempo con el fin de redimirlo en el futuro. De hecho, algunos Padres de la Iglesia pensaron exactamente esto, viendo lo sangriento de la naturaleza como un defecto resultante de la caída de Adán y afirmando que todas las criaturas comían plantas en el paraíso. Dejando de lado la cuestión del genocidio de las plantas, es interesante ver que Santo Tomás rechaza este punto de vista argumentando que el mal moral tiene muchos efectos negativos, incluyendo la corrupción de la naturaleza humana, pero no destruye nuestra naturaleza o la naturaleza de otras cosas. El pecado no es tan poderoso como para cambiar lo que un animal come.<sup>4</sup>

La distinción entre el mal físico y el mal moral es importante para comprender el rol causal de Dios en nuestro mundo imperfecto. En primer lugar, Dios, como la bondad misma, desea directamente el bien en todos los casos. En segundo lugar, ciertos males físicos, aunque no deseados directamente, se podría decir que fueron causados por Dios como parte de Su sabia ordenación de todo en su conjunto. Así, el mal físico de la violencia en el reino animal, a pesar de que introduce males particulares, es directamente parte del plan divino de Dios para el mundo, y deja espacio para mayor bondad de la naturaleza entera. Cuando Dios deseó crear a los leones como carnívoros, también tuvo que permitir el que éstos mataran a los antílopes. Finalmente, el deseo malo a pecar, un mal moral, por el cual elegimos libremente actuar y ordenar nuestros corazones en contra del plan de Dios y de nuestro propio bien, no es causado, en absoluto, por Dios, sino sólo por nuestra libre elección. Por lo tanto, mientras que Dios nos mantiene existiendo y nos da el poder de elegir, cuando elegimos pecar, estamos actuando, por definición, en contra de Su voluntad. Esto no quiere decir que Su providencia esté de ningún modo frustrada por nuestro pecado o que Él sea sorprendido por nuestras acciones o que no pueda sacar mucho bien de nuestra malicia, sino que la causa de nuestra acción pecadora es, en última instancia, nuestra propia libre elección.

El problema del mal ha desconcertado al hombre desde hace milenios y la Iglesia ha tenido que hacerle frente de muchas formas desde el principio de su existencia. A pesar de lo que podría parecer como evidencia para lo contrario, ella ha proclamado confiadamente la providencia divina de Dios sobre todos los aspectos de la creación, sin pretender comprender siempre cómo es que la bondad de Dios triunfa, en



última instancia, sobre cualquier mal particular, ya sea físico o moral, con que nos enfrentamos. Las nuevas experiencias y los nuevos descubrimientos seguramente preguntarán esta difícil cuestión una y otra vez con un nuevo semblante. Muchos de estos, como el mal de la extinción (que será tratado con mayor detalle en un ensayo posterior), pueden ser comprensibles cuando son considerados desde la perspectiva adecuada. Sin embargo, en última instancia, la respuesta final de la Iglesia a estos problemas, ya sean comprensibles o incomprensibles, es que Cristo ha ganado la victoria sobre el pecado y la muerte y que Dios desea invitar a toda Su creación a participar en dicha victoria. **T&E**

<sup>1</sup> Tennyson, "In Memoriam A.H.H."

<sup>2</sup> Aristotle, *History of Animals*, 9.1.

<sup>3</sup> *Summa Theologiæ* I.22.2 ad 2.

<sup>4</sup> *Summa Theologiæ* I.96.1 ad 1; *Summa Theologiæ* I-II.85.

**ENCUENTRA ESTO (Y MÁS) EN LA WEB**

<http://www.thomisticevolution.org/disputed-questions/divine-providence-and-the-mystery-of-evil/>